

Carlos de Sigüenza y Góngora, *Oriental planeta evangélico*, edición de Antonio Lorente Medina, Frankfurt, Universidad de Navarra, Iberoamericana Vervuert, 2008, 122 p.

Entre los personajes presentes en cualquier evocación o panorama de la cultura novohispana encontramos casi inevitablemente al poeta, cosmógrafo e historiador criollo Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700). Con una fama en nuestras letras que se remonta a la misma época colonial, con Sigüenza se produce la paradoja de que la obra en la que se basa esta celebridad no es demasiado grande. De los cientos y cientos de folios que se sabe o se supone escribió sobre los más diversos temas, una porción relativamente pequeña ha sobrevivido. Presentía con razón el sabio que ese sería el probable destino de sus trabajos personales, que quedaron en buena medida manuscritos y terminaron perdiéndose, mientras que le sobrevivieron los diversos libros que escribió y publicó por encargo, como los bien conocidos *Triunfo parténico*, *Glorias de Querétaro*, *Paraíso occidental*, *Teatro de virtudes políticas* y *Mercurio volante*.

Pero la benevolencia de diversos patrocinadores hizo que por fortuna llegasen también hasta nosotros tres trabajos contrastantes, todos resultado de sus afanes íntimos: por un lado, un producto de su madurez intelectual, su *Libra astronómica y filosófica*, que sustentará siempre su posición como uno de los más importantes astrónomos y matemáticos de la Hispanoamérica colonial, y que tuvo la dicha de ver impreso en vida, en 1690. Por otro, dos obras de juventud, salidas de su inspiración poética: el canto guadalupano *Primavera indiana*, aparecido en 1668, y la epopeya javeriana *Oriental planeta evangélico*, escrita por la misma época aunque publicada póstumamente en 1700, y cuya nueva edición, por Antonio Lorente Medina, nos ocupa ahora.

Aunque por su misma temática la *Primavera indiana* ha recibido mucha mayor atención de críticos e historiadores, el *Oriental planeta* no ha carecido tampoco de interés previo entre los estudiosos de la obra de Sigüenza. Ya Irving Leonard y Ermilo Abreu Gómez lo incluyeron en 1931 en su recopilación de la lírica de don Carlos, edición ahora casi tan rara como la original, lo que en 2000 decidió a

Alicia Mayer a insertar el poema completo dentro del primer volumen del *Homenaje 1700-2000* al gran polígrafo, coordinado por ella misma y publicado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. En el segundo volumen del referido homenaje se incluyó el texto de la epístola dedicatoria, los pareceres de fray Antonio de Monroy y Antonio de Gama y las poesías laudatorias de la primera impresión del *Oriental planeta*, acompañado de una breve introducción de quien escribe.

La reedición del *Oriental planeta* por Antonio Lorente, dentro de la colección "Biblioteca indiana" del Centro de Estudios Indianos de la Universidad de Navarra, dista sin embargo de ser redundante, como nunca lo es la de textos antiguos que en cada nuevo examen revelan facetas desconocidas y recuperan perdidos significados. Y dado que no parece probable que vaya a aparecer algún otro de los manuscritos perdidos de don Carlos, resulta loable que nos aboquemos al estudio de las obras entrañables del sabio que nos quedan, y profundicemos a través de ellas en el conocimiento de su personalidad y su aporte a la cultura de su tiempo, como lo ha hecho en este caso Lorente Medina.

La primera parte de su estudio introductorio es una apretada pero ágil presentación de la vida y obra de Sigüenza, en la que Lorente demuestra su gran conocimiento del personaje y resume algunas de las principales aportaciones interpretativas que sobre el polígrafo ha desarrollado en otros lugares, particularmente en su libro *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana* (1996). Destaca, como base de sus opiniones, la de que los escritos de Sigüenza "constituyen un corpus fundacional de la cultura criolla, cuya coherencia final viene determinada por el fuerte patriotismo que los origina". Y si bien esta idea no es absolutamente original, por cuanto otros autores -- como David Brading, por solo citar a uno de los más notorios --, han manifestado puntos de vista semejantes a la hora de postular la hipótesis de un patriotismo criollo novohispano, Lorente se distancia acertadamente del común de las interpretaciones, al participar de la corriente que considera indispensable una relectura metódica en clave cortesana de la obra de Sigüenza. De ahí que si bien resulta interesante su revisión de otros libros de don Carlos, es en su descripción de la relación del polígrafo con el virrey conde de Galve donde se percibe mejor el análisis minucioso de Lorente en torno a textos como *Infortunios de Alonso*

Ramírez, *Trofeo de la justicia española* o el conocido *Alboroto y motín de los indios de México*. De esta manera queda cabalmente cumplida por el editor la obligación de presentar al autor del *Oriental planeta*.

La siguiente sección de la introducción trata ya del poema propiamente dicho. Retomando algunas de las ideas de la primera parte, Lorente deja en claro que *Oriental planeta* debe verse como parte del infructuoso afán de Sigüenza por regresar al seno de la Compañía de Jesús, luego de su expulsión en la adolescencia. Considera que fue probablemente el continuo rechazo de los propios superiores jesuitas lo que determinó que el poema permaneciera inédito hasta su muerte, y no las inexactitudes astrológicas con que su sobrino Gabriel López de Sigüenza disculpó a don Carlos en la epístola introductoria de la edición póstuma. En contraste, Lorente suscribe lo dicho en el parecer de fray Antonio de Monroy tocante a “la altura” de su discurso poético y la “belleza en la construcción de los conceptos”, algo de lo que el propio poeta estaba consciente y orgulloso, pues como atinadamente se nos recuerda, reutilizó algunas de las estrofas del *Oriental planeta* en una canción incluida en sus *Glorias de Querétaro* de 1680.

A continuación Lorente ofrece además de una síntesis del contenido del poema, sumamente agradecible por la difícil lectura de los versos originales, un profuso análisis estructural y estilístico del mismo. La enumeración de los recursos léxicos y sintácticos del poema le permite al editor afirmar que Sigüenza fue un fino seguidor del gongorismo, que gracias a autores como él y Sor Juana continuó gozando de plena vigencia en la América española. El despliegue de estos recursos -- incluido también el tan mentado de imágenes astrológicas --, permitieron a Sigüenza realizar lo que Lorente considera un consumado homenaje a la figura y las acciones de San Francisco Javier. Terminado este análisis, y luego de la bibliografía y una nota previa del editor acerca de los criterios de transcripción del original, se ofrece el texto completo del *Oriental planeta*, incluyendo sus preliminares. Lorente ha numerado debidamente los versos del poema, y ha incluido al calce del mismo numerosas notas explicativas de términos mitológicos, históricos y en desuso.

Solo puede hacerse una crítica al trabajo por demás impecable de Antonio Lorente, y es que en su introducción no se ha dedicado espacio significativo al estudio del personaje de San Francisco Javier, tal y como se presenta en los versos del propio Sigüenza. No es

ocioso preguntarse qué podía mover a un joven criollo del siglo XVII, además de halagar a la Compañía, a dedicar un esfuerzo poético de tanto aliento al santo jesuita, apenas canonizado en 1622. Conviene tomar en cuenta que al mismo tiempo que el *Oriental planeta* Sigüenza estaba escribiendo también *Primavera indiana*. Y si en este último caso es evidente la exaltación de su patria a través del numen de la Virgen de Guadalupe, no lo deja también de ser, aunque de manera más sutil, con la epopeya del misionero. No en vano en la portada de la edición original se le llama el “apóstol grande de las Indias”, y es que por vía de la asimilación simbólica Francisco Javier fue elevado a patrono de la providencial incorporación tanto de Asia como del Nuevo Mundo al gremio de la Iglesia romana; recuérdense las múltiples imágenes del santo predicando por igual a chinos y americanos, recientemente estudiadas, entre otros, por Jaime Cuadriello. Así pues, habría sido interesante una lectura del *Oriental planeta evangélico* en clave criolla, y en paralelo con las floridas metáforas guadalupanas de su contemporánea *Primavera indiana*. De la misma manera, podría haber resultado reveladora una indagación acerca de la manera en que distintas fuentes --como hagiografías de San Francisco Javier y series de estampas sobre su vida-- pudieron influir en la estructura e imágenes del poema de Sigüenza.

Como conclusión, puede decirse que nos encontramos ante la recuperación rigurosa de una obra brillante y casi ignota de uno de los más reconocidos nombres de la cultura colonial mexicana, lo que por sí mismo la recomienda académicamente. Más esfuerzos de esta naturaleza son necesarios, sobre todo considerando que el estudio y difusión de la lírica novohispana siempre ha sufrido por la falta de ediciones críticas de la obra reunida de cada uno de nuestros poetas barrocos, en general poco atendidos salvo contadas y notables excepciones, en su mayoría del siglo XVII, mientras que permanece casi virgen el siglo XVIII. Y es de desearse además que las publicaciones futuras en este campo cuenten con la misma y sólida base de erudición, no sólo literaria sino también, e indispensablemente, histórica, demostrada por Antonio Lorente Medina en el caso del *Oriental planeta evangélico*.

Iván ESCAMILLA GONZÁLEZ  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Universidad Nacional Autónoma de México